

CUADERNOS ESIN



11

ARTE Y CULTURA

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE

EDICIONES INC

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE.

I.N.C.

Wijnhaven 25, 2e.verd.

3011 WH Rotterdam.

NEDERLAND.-

CUADERNOS ESIN

GUILLERMO ARAYA GOUBERT, Doctor en Filosofía con mención en lingüística romance (Universidad de Chile); ex-Profesor de la Universidad Austral y ex-Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad. Actualmente, Profesor de Lengua y Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Amsterdam.

OMAR R. ORTIZ TRONCOSO, Arqueólogo doctorado en la Universidad de París, investigador en el Instituto de Pre y Protohistoria de la Universidad de Amsterdam.

FABIOLA JARA GÓMEZ, Antropóloga con estudios en las Universidades de Chile y Amsterdam, asistente de investigación y docente en el Centro Interuniversitario de Estudios y Documentación de América Latina, (CEDLA), Amsterdam.

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE

DESTIERRO Y AUTODESTIERRO en la LITERATURA HISPANOAMERICANA

Guillermo Araya

La literatura en lengua española se inaugura con el cantar de un desterrado. Rodrigo debe abandonar el minúsculo pueblo de Vivar, rodeado del seco mar burgalés, porque Alfonso VI lo expulsa de sus reinos. Destierros individuales y colectivos, iniciados en el siglo XI, se repetirán periódicamente en el ámbito de la Península. Pasando por la expulsión de los judíos (1492), los moriscos (1609), los afrancesados (1823), culminará con la guerra civil (1936-1939), desencadenada por los militares protectores y salvadores de la libertad y la democracia.

Las Indias Occidentales ingresaron a la historia europea rodeadas de una atmósfera de maravilla. El diario de Colón, las cartas de relación (Cortés, Valdivia), las crónicas iniciales, el homenaje emocionado del mestizo a su tierra materna (Garcilaso el Inca), la estupenda sonoridad y vigor literario de la epopeya (La Araucana) (1), afirmarán y extenderán la magia del Nuevo Mundo en una Europa asombrada y perpleja. La esclavitud y la matanza del indio se mezclará inextricablemente a la maravilla caballeresca formando la otra cara de la moneda pagada por la incontenible ansia de oro del conquistador español.

Desde los primeros momentos el orden colonial va a conocer guerras civiles, disputas mortales de los mortales de los conquistadores entre sí, guerras breves o prolongadas con las indígenas, hasta llegar a los primeros levantamientos

manejados por la burguesía criolla, pero a través de los tumultos populares, del siglo XVIII (2). En el último tercio del siglo XVIII se produce la expulsión masiva de los jesuitas, de España y de Hispanoamérica. Realizada la independencia de nuestra América, las naciones anarquizadas del siglo XIX sufrirán continuos destierros de sus políticos e intelectuales. Con menor frecuencia seguirá ocurriendo esto durante el siglo XX, pero hacia 1970 se produce un recrudecimiento que supera todos los límites. La culminación de esta constante histórica se da en Chile, país en el cual las fuerzas armadas declaran la guerra torcida (3) y brutalmente al pueblo que las sustenta, legítima y origina.

Desde la Colonia hasta ahora, el hombre hispanoamericano ha abandonado su patria por destierro o autodestierro. Es muy fácil definir la primera situación. Cada vez que una autoridad legítima o ilegítima ha tenido el poder para hacerlo y lo ha considerado necesario, ha expulsado de su patria a individuos singulares o a grupos más o menos numerosos; la segunda, el autodestierro, es más compleja porque ofrece una gama más amplia de casos. El trabajador chilote de la Patagonia argentina y el bracero mejicano en los EE.UU. han decidido libremente abandonar su patria. Si lo quisieran podrían haber permanecido en sus tierras respectivas. Pero para ellos esta libertad es meramente teórica. Lo mismo que para los trabajadores huéspedes en Europa (entre ellos los numerosos españoles y portugueses), la elección no existe. Salvo que se tenga por libre elección el hecho de expatriarse para comer o morir de hambre. Caso muy diferente al de ellos representan hombres como Ovalle o Neruda (antes de 1948) cuando salieron al extranjero voluntariamente, sienten de pronto la nostalgia y el ansia de su tierra. O el voluntario vagabundaje por el mundo de Gabriela y el empeño de Huidobro por vivir en Francia para disputar las orientaciones de la poesía de vanguardia a los surrealistas acuartelados en París.

En las páginas que siguen pasaré revista, someramente, a algunos escritores hispanoamericanos de una clase y de otra a lo largo de los siglos y épocas diversas, poniendo el acento, por razones obvias, en los de nacionalidad chilena.

Siglo XVII

Iniciándose el siglo XVII, en 1601, nace en Santiago Alonso de Ovalle. Sacerdote, jesuita, en 1641 su orden lo envía a Roma para gestionar asuntos de interés para ella. Indignado por la ignorancia que en Europa existía sobre su patria, decidió escribir un libro para darla a conocer a los displicentes europeos. Así surgió la Histórica Relación del Reino de Chile, publicada en Roma en 1646. Desde su apareamiento hasta hoy, este libro ha gozado de una alta estimación por las extraordinarias dotes de escritor de Ovalle. Su pericia descriptiva corre a parejas con su profunda competencia idiomática. El Diccionario de Autoridades de la Academia Española lo cita en mil cuatro oportunidades diferentes para sancionar usos de la lengua tenidos por ejemplares. (4)

A la distancia, su recuerdo emocionado le lleva diestra y li-

gera la mano a entonar una alabanza de Chile. Todos los historiadores de la literatura y los antologadores glosan o reproducen su estupenda descripción de la Cordillera, alta cumbre de cuya altura se ve llover a los pies y transforma el arcoiris en una tarima (escabelo, dice él) sobre la cual se yergue el contemplador bañado de luz, de cielo azul y de un aire tan puro y fino que embriaga.

Menos embriaga el vino de murtilla de acuerdo con la entusiasta descripción de él que hace Antonio de Herrera suscrita por Ovalle:

"De ellas (las murtillas) se hace vino, que es mejor que todos los brebajes... Este vino es claro, sutil, caliente y agradable al gusto, provechoso al estómago, consume los humos de la cabeza y su calor calienta las orejas sin subir más arriba, y el estómago, echando el frío fuera; ayuda a la gana de comer y no la quita jamás, no da pesadumbre a la cabeza ni al estómago...; su color es dorado y muy claro y tan suave como el vino de Ciudad Real". (Op. cit., p. 78).

En el mejor de los casos, la comparación con lo europeo o con Europa es de similitud como en este caso. Lo más frecuente es que Chile esté muchos codos sobre lo observable en Europa como ocurre con algunas de sus frutas, que en Chile

"... no se compra, sino que con facilidad dejan entrar en las huertas y a comer la que quieren. Sólo la que llaman frutilla, y en Italia frauli, se vende, porque aunque es propia de la tierra..., hace tanta ventaja a las demás, que los que la cultivan hacen mucho dinero de ella; son muy diferentes de las que he visto aquí en Roma, así en el sabor como en el olor y en (el tamaño), porque crecen tan grandes como peras, y aunque de ordinario son rojas, las hay también, en la Concepción, blancas y amarillas". (Op. cit., p. 24, yo subrayo, G.A.)

La naturaleza es dulce en Chile y sus manifestaciones estentóreas y peligrosas no tienen curso en sus dominios:

"La otra buena calidad de esta tierra es estar libre de rayos, porque jamás cae ni uno; algunos truenos se oyen alguna vez pero éstos muy de lejos en la Cordillera" (p.17).

Pero Chile no sólo es más dulce y ameno que Europa sino que no admite tampoco comparación posible con las otras tierras americanas. Sirva como prueba la falta de futuro que la chinche tiene en nuestra patria:

"No es de despreciar otra particularísima gracia y ventaja de esta tierra, y es que no cría ni consiente chinchas; no vi una jamás, y es esto más de maravillar, habiendo tantas de la otra banda de la Cordillera, donde está la provincia de Cuyo, de donde las que tal vez pasan entre la ropa y cajas de los pasajeros, al punto que reconocen el aire de Chile se mueren. Fue admirable la experiencia que de esto hizo un curioso, o mal intencionado, que pasando de (Cuyo a Chile) trajo estos animalejos en parte bien acomodada donde se pudiesen conservar, y fue cosa maravillosa que apenas llegaron al valle de Aconcagua... cuando se murieron todas, sin quedar una viva" (p. 17, yo subrayo, GA)

Este admirable apologista de Chile no logró ver de nuevo la patria. De regreso a Europa, murió en Lima en 1651 víctima de una fiebre maligna. (6)

Siglo XVIII. Los jesuitas en el destierro.

En términos de hoy diríamos que la compañía de Jesús fue vista por las monarquías portuguesa, francesa y española como una compañía multinacional que amenazaba la economía, la independencia y la eficacia administrativa del estado. Los jesuitas fueron expulsados de Portugal en 1759, de Francia en 1764, en 1767 de España y sus dominios y la acción conjugada de estas dos últimas potencias obtiene la disolución de la orden en 1773 luego de una sostenida presión ejercida sobre el Papa Clemente XIV. Voltaire describe satíricamente en Candide el estado dentro del estado que los jesuitas habían creado en Paraguay. No en todas partes lograron un dominio tan grande, pero la compañía era muy fuerte política, económica e internacionalmente. Su extenso y notable sistema de enseñanza, el más eficaz y activo de la época, permitía ejercer una influencia continuada sobre la capa social dirigente y administrativa, incluso sobre la nobleza. En el siglo XVIII la Compañía había alcanzado un enorme poder económico basado en el comercio, la agricultura y la artesanía. En su seno convivían sacerdotes españoles, criollos, alemanes, polacos y de otras nacionalidades, haciendo de ella una organización con peso e influencia supranacionales.

Los jesuitas hispanoamericanos se vieron en término de algunas horas embarcados rumbo a Italia. La gran mayoría no llevó consigo sino las vestimentas que los cubrían en el momento de su aprehensión. Por un camino u otro, todos recibieron asilo en los estados vaticanos. Su residencia obligada en Italia explica

que casi toda la obra producida por los jesuitas de lengua española apareciera publicada en italiano. Los bienes de la Compañía sitos en América fueron realizados y los caudales recogidos ingresaron a las arcas de la monarquía española. En este sentido el ataque a la empresa multinacional no fue de beneficio para los pueblos hispanoamericanos sino para la metrópoli. Con todo, Carlos III asignó una pensión de \$ 100 anuales a los sacerdotes y de \$ 90 a los legos, conducta que no han imitado los dictadores sucesivos de nuestra América.

Los jesuitas desterrados fueron víctima de una profunda y creciente nostalgia. Todos se sentían erradicados de su tierra americana, añoraban el clima y el paisaje patrio, se dolían de la privación de las comidas y bebidas de su tierra. En ellos se desarrolló intensa y profundamente un patriotismo americano que les sirvió como sostén principal para mantener su propia identidad.

La reacción masiva de ellos fue ejemplar. Para hacer frente al dolor siempre presente del destierro, se lanzaron encarnizadamente al trabajo intelectual. Estudiaron, investigaron y escribieron. Para muchos, el medio de rescatar el país lejano consistió en escribir sobre su nación de origen; otros se evadieron en la especulación teológica o en las pacientes investigaciones de la historia natural y de la historia civil, como se decía entonces. Tal vez hasta hoy, la de estos jesuitas es la creación intelectual masiva más valiosa y abundante de un grupo de desterrados hispanoamericanos.

Francisco Javier Clavijero (1731-1787) publicó en 1780, en Cesena, su Storia Antica del Messico. José Joaquín de Mora publicó la traducción española en 1826, pero desde 1945 contamos con el texto español original (7). Esta extensa obra que narra el período indígena de la región mexicana hasta el asentamiento definitivo de Cortés en el imperio azteca, es un prodigio de información, buen juicio, rigor científico, valentía intelectual, saber y amor a la patria. Como ocurre frecuentemente con los buenos escritores del siglo XVIII, su prosa es completamente actual y su mentalidad es ya la del investigador de hoy. Con una vasta información, Clavijero avanza meticulosamente, grada a grada, por la compleja historia del México antiguo. Hombre del siglo XVIII, ilustrado y enciclopédico, crítico, desmiente y a veces ridiculiza las afirmaciones de los sabios europeos que sin haber estado en América la cargan de defectos o de vicios, en sus hombres y en su naturaleza. La Condamine, Pauw y Buffon son sometidos a detenida y maciza crítica. La obra de Clavijero gozó de un éxito casi inmediato. En 1787 aparece la traducción inglesa de su libro y entre 1789-1790 la alemana. Refrenado por su espíritu científico y por sus afinadas dotes críticas, el desterrado tife de pronto con su amor nostálgico las realidades de la tierra materna perdida para siempre. Tratando el tema del indígena mejicano en un tono de objetividad y de certero observador, exclama de pronto:

" Jamás han hecho menos honor a su razón los europeos que cuando dudaron de la racionalidad de los

americanos".
(Op. cit., p.45).

Sin modificar en lo más leve su actitud objetiva, el buen fraile ha escrito un poco antes:

" Jamás se percibe de la boca de un mejicano aquel mal aliento que produce en otros la corrupción de los humores o la indigestión de los alimentos". (Yo subrayo, G.A.)

Próxima la invasión de Cortés, Moctezuma y su gente observaron la aparición de un cometa. El rey quiso de inmediato conocer una explicación certera sobre este acontecimiento. Luego de consultar inútilmente a sus astrólogos, Moctezuma somete el caso a consideración del rey de Acolhuacán, amigo suyo. El rey de Acolhuacán le dice que el cometa anuncia futuras desgracias por la venida de nuevas gentes a ese reino. Moctezuma no acepta esta interpretación y ambos reyes deciden que un juego de pelota sirva para transar el desacuerdo. Clavijero opina acto seguido a su narración que ambos reyes se mostraron necios y supersticiosos al buscar tal expediente decisorio. Pero de inmediato observa que esto era ... "menos perjudicial que la de los antiguos europeos que libraban a la barbarie del duelo y a la incertidumbre de las armas, la verdad, la inocencia y el honor". (Op. cit., p.138). Lo mismo que Ovalle, Clavijero recuerda a los europeos conductas propias del viejo continente para que no se refieran con menosprecio a las americanas. Esta es la misma actitud que adopta cuando desmiente a Pauw y a La Condamine sobre la inexistencia en náhuatl de palabras abstractas, folosóficas. Les recuerda que Cicerón tuvo serias dificultades para traducir los términos de la filosofía griega no obstante que el latín se encontraba entonces en su cumbre:

"Cuántas veces se vio (Cicerón) precisado a crear nuevas voces equivalentes en algún modo a las griegas, porque no las encontraba entre las voces usadas por los romanos?" (Op. cit., p. 546).

Según Clavijero el náhuatl, como las demás lenguas indígenas americanas, tenía las mismas virtualidades comunicativas y las mismas dificultades que las lenguas europeas más evolucionadas.

La crítica de todos los tiempos acuerda a Juan Ignacio Molina (1740-1829) uno de los más altos pedestales por su sabiduría, su ciencia y su cultura. No es un azar que el año de su muerte coincida con el de la llegada a Chile de A. Bello. Ambas figuras se ofrecen emparejadas al espíritu por su heroica devoción al conocimiento y a la tierra americana. El Saggio sulla storia naturale del Chili, Bolonia 1782 y el Saggio sulla storia civile del Chile, 1787, fueron apreciados de inmediato como obras científicas de gran trascendencia y traducidos muy prontamente; al alemán en 1786 y 1791, al español en 1788 y 1795, al francés en 1789, al inglés, en Estados Unidos en 1808 y en Inglaterra en 1809.

No corresponde aquí introducirse en esta obra admirable. El recuerdo de este sabio sólo se justifica por su carácter de ejem-

plar: así fue como un chileno del siglo XVIII desterrado en Europa engrandeció a su tierra. Y también he invocado su nombre por una anécdota que nos transmitió Vicuña Mackenna. Cuenta este otro gran chileno que en 1856 alcanzó a conocer a Camila Zinni, la mujer que lo cuidara y que recibiera del abate Molina la pequeña casa que sus discípulos le habían obsequiado, como agradecimiento póstumo de su parte hacia ella. La buena mujer refirió a Vicuña los últimos días del abate. Entre sus recuerdos señala que delirando bajo los efectos de la fiebre el abate no cesaba de pedir agua fresca de la Cordillera de Chile.

Manuel Lacunza (1731-1801), manifestó muy pronto su inclinación por la ciencia y la especulación. Todavía en Chile mostró gran interés por la astronomía y las matemáticas. Muy poco después de su radicación en Imola, se retiró a los arrabales de la ciudad y vivió como un anacoreta entregado al estudio y a la meditación. De su absorbente trabajo nació La venida del Mesias en gloria y majestad. En el cuidadoso trabajo de fino ebanista teológico, escriturario y reflexivo, Lacunza encontró una evasión ideal para su suerte de desterrado. La nueva venida de Cristo y su reinado de un milenio en la paz y armonía de todos los hombres que hubieran existido le parecía un premio más que sobrado a este santiaguino de salud frágil pero de enorme fuerza espiritual. Sabemos por sus cartas, sin embargo, que el regreso a Chile significaba para él algo tal vez más apetecido que el milenario que se prometía con su saber teológico. En una carta aparentemente humorística escribió en 1788:

"Actualmente me siento tan robusto que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el cabo de Hornos. Y, pues nadie me lo impide ni me cuesta nada, quiero hacerlo con toda mi comodidad. En cinco meses de un viaje felicísimo llego en Valparaíso, y habiéndome hartado de pejerreyes y jaivas, de erizos y de locos, doy un galope a Santiago: hallo viva a mi venerable abuela, le beso la mano, la abrazo, lloro con ella, abrazo a todos los míos entre los cuales veo muchos y muchas que no conocía, busco entre tanta muchedumbre a mi madre y no la veo, busco a Solascasas, a Varela, a mi compadre don Nicolás, a Azúa, a Pedrito y a mi ahijada Pilar, y no los hallo. Entro en la cocina y registro toda la casa, buscando a los criados y criadas antiguos y no hallo sino a la Paula y a la Mercedes. Pregúntole a ésta donde está su señora y a la Paula donde está su amo don Manuel Díaz, y donde está mi mulato Pancho; y no me responden sino con sus lá-

grimas, y yo los acompaño llorando a gritos sin poder ya contenerme más.

No obstante, por no perderlo todo, me vuelvo a la cuadra, que hallo llena de gente, procuro divertirme y alegrarme con todos; les cuento mil cosas de por acá, téngolos embobados con mis cuentos; cuando no hallo más que contar, miento a mi gusto; entre tanto, les como sus pollos, su charquicán y sus cajitas de dulces y también los bizcochuelos y ollitas de Clara y de Rosita. Y habiendo llenado bien mi barriga para otros veinte años, me vuelvo a mi destierro por el mismo camino y con la misma facilidad" (8)

Lacunza fue encontrado muerto en su arrabal de Imola, ahogado en el río Santerno una mañana de verano. Nunca pudo paladear de nuevo los pejerreyes, las jaivas, los erizos, los locos ni el charquicán. En 1794 acuñó este aforismo: "Sólo saben lo que es Chile los que lo han perdido".

El guatemalteco Rafael Landívar (1731-1793) eligió el latín para exaltar su tierra. En su Rusticatio Mexicana, publicada en Modena 1781 y aumentada en Bolonia 1782, se inscribe derechamente en la tradición de las Geórgicas de Virgilio, pero a pesar del latín la obra está traspasada de lo americano autóctono: el guajolote, el zopilote, el cenizote. Su obra anticipa en gran parte las silvas americanas de Bello.

Siglo XIX.

Bello había partido a Londres junto con Bolívar en 1810. La comisión de patriotas se proponía conseguir el apoyo de un imperialismo, el inglés, para liberarse de otro, el español - situación que ha seguido repitiéndose a través de los tiempos. Bolívar regresa a Caracas para alcanzar la gloria. Otros emisarios van y vienen a Europa, pero Bello sigue enredado entre las brumas de Albión. Su tierra materna, el trópico, lleno de luces, aromas y colores, se transforma en un nostálgico recuerdo de días mejores. Bello vive como puede sin perder su dignidad. Vorazmente va ingiriendo los conocimientos almacenados en el British Museum. Llena innumerables cuartillas con su difícil y menuda letra. Funda revistas, la Biblioteca Americana y el Repertorio americano, escritas casi íntegramente por él. Concibe ambiciosos proyectos científicos y docentes para su tierra americana. Pero la estrechez económica y el frío de Londres no se borran por eso. Siguen pesando día tras día y hermojeando aún más en su recuerdo la tierra venezolana.

Decide cantar al Nuevo Mundo en un colosal poema épico-descrip-

tivo que intitula América. Su perfeccionismo y sus múltiples tareas impiden la culminación de este propósito. Publica fragmentos en 1823 y en 1826, fragmentos a los cuales la crítica ha llamado después Silvas Americanas. Dada su formación neoclásica y su severa y sostenida reserva, su nostalgia de desterrado se vierte en una poesía objetiva de exaltación americanista. Las frutas, la vegetación, el clima y los consejos geórgicos para el manejo agrícola de las tierras vírgenes desfilan en su poesía. El canto de la naturaleza patria desde Londres opera en él como una recuperación de su terruño. En la Alocución a la poesía (1823) el objetivismo descriptivo y naturalístico sufre una breve interrupción de 20 versos (169-188). Tímidamente el poeta manifiesta su deseo de ser transportado mágicamente junto con la poesía a las riberas del Cauca y del Aragua, de gozar con los dulces aires templados del trópico y de recoger con sus ojos la luz de la Cruz del Sur y de las luciérnagas. Expresado esto, el poeta vuelve abruptamente a su postura objetiva e impersonal. La publicación de sus poesías inéditas y de sus borradores han permitido descubrir que estos 20 versos se sumaban a 74 más en el poema original y que el poema es una maravillosa elegía en la que un desterrado americano se queja con depurada nostalgia y elevada hondura filosófica de su suerte. (9) No me detendré latamente en este hermoso poema porque ya lo he hecho en otra parte. (10) Sólo recordaré algunos de sus rasgos fundamentales.

El recuerdo del paisaje se completa en el poema con las sonoridades del "yaraví doliente" y con amenidades que traen al recuerdo las églogas de Garcilaso y las odas de Fray Luis. Pero, además, el poeta comienza a evocar a sus amigos que han tenido suertes muy variadas: unos están desterrados realizando trabajos indignos, otros están encarcelados y una cantidad no despreciable yace bajo "losa funesta". Por último, el poeta imagina el destino más halagueño posible. Después de tantos años de destierro finge su regreso a la tierra patria. Este regreso imaginario le sirve para expresar la tragedia existencial, en cuanto temporal, del hombre:

Visitaré la cumbre, el verde soto,
El claro río, y la cañada amena:
Mas a vosotros, ah! mirad no espero.
No con alborozada enhorabuena
Saludarme os oiré; no al cariñoso
Regocijado seno he de estrecharos.
Diré a los ecos: los amigos caros,
La amada, el confidente, el compañero,
Dó están, a dó son idos?
Idos dirán los ecos condolidos,
Y en mi Patria, ay de mi! seré extranjero!

Bello recuperó la tierra americana después de 19 años de destierro en Londres. No obstante su labor y su éxito prodigiosos en Chile, se siguió considerando desterrado toda su vida. Así lo prueban otros poemas suyos y sus cartas privadas. (11)

Bello representa muy bien la reacción del desterrado de forma-

ción y gustos neoclásicos. Su actitud es severa, decantada y se objetiva en un profundo mensaje filosófico.

El destierro romántico está bien ilustrado por la pléyade de escritores argentinos víctimas del rosismo. Estentóreos, polémicos, lacrimógenos, sentimentales, truculentos y de una adhesión pasional y agresiva al liberalismo libertario de la época. Mármol, Sarmiento, Gutiérrez, Alberdi, se extienden por Chile, Uruguay y Brasil como lava ardiendo que hace fermentar los espíritus y la insurgencia contra todo tipo de poder autoritario. Recortado su destierro al ámbito americano, no caujará en literatura de acentuada nostalgia. Tal vez más que ahora, nuestra América era entonces la patria grande de todos los americanos. Ello permitió a los escritores argentinos desterrados plegarse con facilidad a la vida de los países que los acogieron y participar plenamente en sus luchas y alegrías.

Como todo buen realista, A. Blest Gana dio cabida en sus novelas a gustos y conductas románticos. Personajes como Rafael San Luis de Martín Rivas y Abelardo Manríquez de El ideal de un calavera tienen un sino romántico que va desde la notable palidez del rostro hasta su sacrificio pasional e inútil por ideales libertarios y amorosos inextricablemente unidos. De las diez y siete novelas que escribió Blest Gana, 6 son de calidad: La aritmética en el amor, Martín Rivas, El ideal de un calavera, Durante la Reconquista, Los trasplantados y El loco Estero. Las dos últimas surgen directamente de su condición de desterrado voluntario, pero ambas son de temple, mensaje y visión de mundo diametralmente opuestos. Cuando se publica El loco Estero en 1909, el escritor tiene 79 años. Pone como subtítulo a su obra Recuerdos de niñez. Indicio que ayuda a comprender cual fue su propósito: revivir por última vez intensamente los años infantiles de su primera década de existencia. Novela lúdica, suerte de Tom Sawyer chileno, traspasada de luz, gracia y picardía. Su espacio es el Santiago con viejas casonas de adobes, acequias a tajo abierto y con un cielo enfiestado por un techo primaveral de volantines (=cometas).

Radicalmente distinto es el espacio y el clima en Los trasplantados. Aquí estamos en el París sórdido de las cocottes, cínico de la nobleza tronada que busca vender a buen precio su abolengo, arribista, infantil y desarraigado de los rastouquères, que imitan como simios los gustos y las modas parisinos y que han renegado escandalosamente sus respectivas patrias ultramarinas. Como en prácticamente toda la novelística de Blest Gana, aparecen las esferas sociales de la burguesía rica y de la pequeña burguesía menesterosa (12). Una y otra están vistas en un proceso de caída paulatina y fatal. La familia Canalejas se hunde con las frivolidades de la madre, doña Quitería, de las hijas, Milagritos y Dolorcitas; con la corrupción del hijo, Juan Gregorio, sumido en la bohemia y el alcoholismo creciente, y del padre que ve aproximarse una banarrota sin reaccionar y que emplea su tiempo en reuniones sexuales clandestinas con menores de edad. Mercedes, la abuela

Regis y Patricio, personajes nobles de la novela, son vencidos. Mercedes se suicida, la abuela se somete y Patricio carece del coraje suficiente para modificar el destino de estos dos personajes y el suyo propio. Sagraves, el rastá de la pequeña burguesía, se suicida junto con su amante francesa y su hija, aplastado por el dolor y la miseria. El narrador emplea la técnica minuciosa e implacable del naturalismo. Es la única novela de Blest Gana en la que su realismo costumbrista está desplazado por las técnicas y la visión del mundo de la escuela de Medán. El mensaje de la novela es nítido y lapidario: los desarraigados de su propia patria van de cabeza al fracaso y a la corrupción.

Blest Gana había abandonado Chile en 1864. En 1870 se radicó en París y ya no volvió a Chile. Fue un desterrado voluntario o quizás forzado por su familia que se había hecho parisina. Refleja su novela Los trasplantados el destino que él vio cumplirse en muchos miembros de la burguesía hispanoamericana de desarraigados de sus tierras de origen? Refleja también la suerte de su propia familia? La primera pregunta tiene una respuesta afirmativa más allá de toda duda. La segunda no puede responderse porque los biógrafos de Blest Gana guardan escrupuloso silencio sobre sus descendientes (13).

No es abarcable en pocas líneas la poderosa voluntad de auto-destierro que representa el modernismo en la literatura hispanoamericana. Ya los llamados precursores de este movimiento buscaban por diversos derroteros la evasión de su medio, excepto Martí que estuvo buscando siempre el camino de retorno a su isla y que no lo encontró sino en el momento de su muerte.

Rubén Darío presenta una síntesis esencial de los encuentros y las fugas del modernismo. Cifendonos a la perspectiva con la cual estamos analizando aquí nuestra literatura, podríamos afirmar que Rubén se siente desterrado no cuando está fuera de su Nicaragua natal sino cuando está espiritualmente o físicamente fuera de Francia. Es sabido que Rubén amó también a España y la tradición hispánica y americana. Pero cordialmente, en lo más íntimo de sí mismo, su patria libremente escogida fue Francia. Esta elección del corazón la estableció reiteradamente en Prosas Profanas. En las Palabras preliminares afirmó:

"mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París". Su apertura hacia el mundo era Francia. Prefería la captación de los valores universales a través del tamiz francés antes que percibirlos directamente:

Amo más que la Grecia de los griegos
la Grecia de la Francia, porque en
Francia,
al eco de las Risas y los Juegos,
su más dulce licor Venus escanciá.

(Divagación, de Prosas Profanas)

Y desde luego, sin empacho ninguno, proclama la supremacía de Francia sobre Grecia:

En Paris reinan el Amor y el Genio
(Idem supra) (14)

Siglo XX.

Vicente Huidobro fue también un gran apasionado de París y de Francia. En sus años de mayor impulso y creatividad escribió tanto en francés como en español. Por noticias que dejó de sí mismo, sobre todo en su producción en prosa, sabemos que este amor tuvo para él una gran importancia. Sin embargo, su devoción francófila se manifiesta en su poesía especialmente. Ve en París el centro de la cultura y la inteligencia humanas. En su poesía, Francia tiene sobre todo los atributos de Minerva y desaparecen los de Venus que tan esenciales eran para Rubén. Aparece como la conductora espiritual y cultural de todos los pueblos:

La tierra se pierde entre los astros cuando
te impiden guiar su marcha (15).

La existencia de Francia es también indispensable al hombre por su gracia, por su belleza:

Oh necesaria a la tierra como la primavera (16)

El poeta ve en Francia a su madre. Sus relaciones con ella se han hecho tan profundas y entrañables que la canta como un hijo incestuoso, con amor arrebatado:

Oh bien amada Oh grito de sangre
Te siento palpar en mi garganta
Paloma herida en sus montañas
Oh princesa sorprendida en la emboscada
("El hijo canta a la madre dolorosa").

Lo más valioso de su ser proviene de esta madre sabia y bella:

Yo te digo al oído las palabras de mi alma
Porque ella te debe su mitad más profunda.
(Idem supra)

El casi permanente autodesierto de Huidobro en Europa, y especialmente en Francia, se explica por la libre elección de una cultura y un país que para él era más interesante que el propio. Rodeado de su paisaje y de su atmósfera, se sentía existir plenamente. La francesa era para él la vida verdadera, auténtica, y no la vida derivativa que hubiera llevado en Chile. Sería absurdo querer mal a Huidobro por esta valoración que parece ser en él muy sincera. Lo importante para la historia de la literatura es comprobar que con esto, o a pesar de esto, escribió una maravillosa poesía. Sin dificultad mayor se puede calificar de cosmopolita la obra poética de Huidobro. Esta calificación no borra el hecho de que

el cosmopolitismo es, precisamente, una característica notable y continuada de la literatura - y de la cultura - hispanoamericana. Y precisamente este carácter es el que hay que explicar y comprender. Su preferencia por París tiene un significado muy diferente al de un simple capricho de niño mimado. Antes de él hubo ilustres autodesierrados en Francia y después de él ha seguido habiéndolos. Alguna vez habrá que plantear a fondo el sentido de todo esto. Por qué Francia (o París) ha atraído a los hispanoamericanos desde comienzos del siglo XIX hasta hoy como una Circe irresistible? Huidobro da una respuesta, Rubén otra. Tal vez haya que buscar más profunda y extensamente e intentar llegar a un conocimiento suficiente del cosmopolitismo cultural hispanoamericano y por qué esta apertura hacia el exterior ha tomado para algunos dominios, la literatura y el arte especialmente, una orientación marcadamente francesa.

La poesía de Neruda debe mucho al autodesierrado y al desierto. Desde el comienzo hasta el final de su producción, el proceso ausencia-presencia de Chile juega un gran papel en su obra. Entre sus libros póstumos, Elegía tiene su centro geográfico absoluto en Moscú. Es el centro espacial desde el cual el poeta escribe, pero además es el centro del universo, la cosmópolis que orienta los procesos históricos y sociales del mundo de hoy. También, desgraciadamente, la capital en la cual algunas actividades artísticas importantes (la pintura, la escultura) han sido gravemente amputadas.

En sus Memorias, Neruda ha descrito con intensidad alucinante lo que significó para su experiencia de hombre y de poeta la soledad planetaria de su estancia en Oriente. Como magnífica respuesta a esa soledad desamparada surgieron las Residencias. El poeta eligió libremente irse a esas lejanías y soledades y ellas marcaron a fuego su vida y su poesía.

Gran parte del Canto general se escribió bajo la persecución de González Videla. En este caso el poeta era cazado y obligado a huir y exiliarse. Esta circunstancia quedó señalada para siempre en el cuerpo extenso de ese poema.

El continuo estar fuera acentuó cada vez con más fuerza la adhesión del poeta a la tierra chilena. Incansablemente cantó al bosque mapuche, al gran océano, a las arenas de Isla Negra, para sorprender el secreto de su tierra materna. La intensidad de su canto a Chile encuentra su origen en una proporción importante en la nostalgia e idealización que el desierto y el viajar continuo fueron depositando en su espíritu.

Cortazar representa una postura literaria diferente a la de Huidobro y Neruda. No reconoce en Francia su única madre como el primero ni usa el exterior como vía de recuperación de la tierra materna como el segundo. Rayuela ilustra bien su cen-

taurismo literario. El mundo para Cortázar se divide en dos hemisferios principales: Del lado de allá (= París, Francia), Del lado de acá (= Buenos Aires, Argentina). Toda su producción literaria ha sido escrita en la lengua española propia del porteño argentino. Gran parte de ella se reparte entre los dos hemisferios señalados, el parisino y el bonaerense.

Rasgo notable de esta literatura del autodesdierro es la necesidad de nutrirse simultáneamente de París y del habla familiar porteña. Sólo un nivel de gran madurez de nuestra literatura y la maestría absoluta de Cortázar de los diversos niveles del idioma español y de sus registros expresivos podían resultar en una literatura como la suya. No busca la elegante y depurada corrección del español culto de Darío, no publica en francés para imponerse en Europa como Huidobro, usa el habla de su país sin ningún complejo y así la universaliza y universaliza al mismo tiempo la literatura hispanoamericana. Se produce así un doble movimiento sintético, por una parte argentiniza (americaniza) París y por otra parte galifica (hace francés, parisiense) lo argentino (americano). La literatura de Cortázar parece cerrar un ciclo. Por fin París pasa a ser tanto hispanoamericano como europeo y lo hispanoamericano se hace también universal a través de Francia sin perder su sello original.

Ahora.

Después de los golpes militares de Uruguay, Chile y Argentina, un exilio masivo ha golpeado a nuestra América. Los escritores, intelectuales y artistas se han dispersado por países de diversos continentes. Tal vez nunca en la historia de Hispanoamérica había sido el exilio tan numeroso. Personas que nunca habían escrito lo hacen ahora por centenares. Quieren desesperadamente contar lo que vieron o sufrieron. Quieren manifestar sus sentimientos y sus angustias. En el extranjero, se fundan revistas de amplia difusión. Aparecen publicaciones esporádicas y locales. Novelas, cuentos, dramas, poemarios y ensayos se editan en los países más diversos y en numerosas lenguas europeas y en algunas no europeas. (17) A los escritores propiamente tales se ha sumado así una falange nutrida de personas impulsadas a escribir por su situación de desterrado y de víctima de los regímenes dictatoriales. La literatura de testimonio ha cobrado así un gran vigor. Varios son los estudios que existen ya de esta literatura testimonial y otros se preparan. (18) Algunas obras literarias de mérito se han publicado, pero creemos que la intensidad de la catástrofe dará origen a expresiones literarias de un rango estético y de un valor más permanente. El enfriamiento de la tragedia en los afectados producirá la lucidez necesaria para el trabajo literario de alta calidad.

El siglo XX no ha querido transcurrir sin hacer, en su último tercio, su aporte a la secular tragedia hispanoamericana colectiva del destierro.

NOTAS

- 1) Alonso de Ercilla fue el primer escritor de nuestra América desterrado; en efecto, luego de salvar difícilmente la vida a causa del excesivo celo punitivo de don García, "el mozo capitán acelerado", éste lo desterró de Chile para castigar su belicosidad contra don Juan de Pineda. V. José Toribio Medina. Vida de Ercilla. México, FCE, 1948, p.77 y ss.
- 2) V. Joseph Perez. Los movimientos precursores de la emancipación en Hispanoamérica. Madrid, Edit. Alhambra, 1977.
- 3) En la cárcel de Valdivia, el abogado Pinto Viel - que no sé cómo habría hecho ingresar a ella el código militar - me mostraba los artículos correspondientes de ese cuerpo legal de acuerdo a los cuales, según los militares golpistas, estábamos encarcelados, y me hacía observar que esos militares tampoco respetaban dichas disposiciones. Primero cometieron la monstruosidad inaudita e inédita de declarar la guerra al pueblo de Chile; segundo, torcían y desfiguraban esa situación promovida por ellos al no respetar la legislación según ellos aplicable a dichas circunstancias. Es claro que la muerte del abogado Pinto Viel en prisión no se debió sólo a su indignación jurídica.
- 4) Alonso de Ovalle. Histórica Relación del Reino de Chile. Santiago Edit. Universitaria, 1969, p. XIV.
- 5) El texto trae los términos invertidos, pero por el sentido se puede deducir que es errata de imprenta o lapsus calami del propio Ovalle.
- 6) Precisiones sobre la composición, la evolución del texto de la edición príncipe, la versión italiana y otros aspectos filológicos y lingüísticos, pueden consultarse en Mario Ferreccio. Presupuestos para una edición crítica de la "Histórica Relación del Reino de Chile", de Alonso de Ovalle. Revista Chilena de Literatura, no. 2-3, Santiago, primavera de 1970, p. 7-41.

- 7) Historia antigua de México. México, Colección de Escritores Mexicanos. Citaré por la edición de la Edit. Porrúa, México, 6a. edición, 1979.
- 8) Las cartas de Lacunza fueron publicadas por Juan Luis Espejo en la Revista Chilena de Historia y Geografía, T.IX, p. 212 y ss.
- 9) V. Andrés Bello. Borradores de Poesía. Caracas, 1962, T.II 00.CC., p. 80-82, versos 967-1060.
- 10) V. mi estudio Destierro y poesía, Bello y Neruda in Hommage des Hispanistes Français a Noël Salomon. Barcelona, Edit. Laia 1979, p. 73-90.
- 11) V. mi artículo citado en nota anterior.
- 12) La tercera capa social que juega un rol decisivo en la novelística de este autor, el medio pelo, no aparece aquí.
- 13) En mi estudio La obra de Alberto Blest Gana, que aparecerá publicado próximamente, trato con mayor detención diversos puntos en torno a la producción de este autor, de la coyuntura histórico-literaria en que surgió, de sus características, alcance y valor.
- 14) Ya el maestro P.H. Ureña definió en una frase lo que vengo tratando de expresar y tomó el mismo poema citado por mí como paradigma de todo esto: "Prosas profanas" es una orgía de lujo que procede de todos los puntos cardinales (véase como ejemplo el poema Divagación), con Versalles como meridiano". P.H. Ureña. Las corrientes literarias en la América Hispánica. México, FCE, 1945, p. 175
- 15) Vicente Huidobro. Obras Completas. Santiago, Edit. Andrés Bello, 1976. Ultimos poemas. "El hijo canta a la madre dolorosa", T.I. p.586

- 16) "La noche momentánea", también de Ultimos poemas, op.cit. p.585.
- 17) Sé de una antología de la joven poesía chilena que será publicada ... en japonés!
- 18) V. Jaime Concha. Testimonios de la lucha antifascista. Casa de las Américas, No. 112, enero-febrero, 1979, p. 95 - 105.
Antonio Skármeta. Narrativa chilena después del golpe. Idem supra, p. 83 - 94.

COMENTARIOS SOBRE LA ARQUEOLOGIA
DE LOS ANDES CENTRALES

O.R. Ortiz-Troncoso

"Esta cordillera de sierras que se llama de los Andes se tiene por una de las más grandes del mundo, porque su principio es desde el estrecho de Magallanes, a lo que se ha visto y cree; y viene de largo por todo este reino del Perú, y atraviesa tantas tierras y provincias que no se puede decir." (Pedro de Cieza de León, La Crónica del Perú, Sevilla 1553)

1. Introducción.

La cronología y la periodificación no son, como frecuentemente se supone, los únicos objetivos de la arqueología, pero no por eso dejan de ser constante preocupación de la investigación en razón de su permanente función de armazón interna de esa disciplina. Desde los años cincuenta, con la invención del método radiocarbónico (y la aparición de otros de aplicación más restringida) la arqueología puede desatender en parte esa tarea, enfrentada tradicionalmente con pacientes estudios tipológicos, pudiendo así encauzar una mayor proporción de su actividad hacia el conocimiento de la estructura y funcionamiento interno de las sociedades en estudio. Va desvaneciéndose, por lo tanto, la visión puramente historicista -secuela de la arqueología "anticuarista" decimonónica - para ir siendo paulatinamente reemplazada por una mirada más próxima al enfoque antropológico. Sin embargo, como anotábamos al comienzo, es necesario ir investigando paralelamente la posición en el tiempo de los elementos en estudio, función que no puede

ser desatendida ya que de ella depende la fijación del segundo vértice del clásico triángulo Espacio/Tiempo/Cultura. En el presente artículo, el primero de ellos va ya indicado en el título: la cordillera andina, omnipresente a lo largo de la margen occidental de Sudamérica. En cuanto a los Andes centrales (que corresponden en gran medida a lo que actualmente es el Perú) Lumbreyas (1981:67) les fija como límite norte el desierto de Sechura y las sierras de Ayabaca y Huancabamba; por el sur el nudo de Vilcanota y la región norte de Arequipa. Textualmente añade: "Es lo que se considera la zona nuclear andina, donde se dieron los más altos niveles de desarrollo económico, social y político. Esta zona se caracteriza porque contiene en su ámbito dos regiones bien marcadas: una costera de naturaleza desértica, con un mar enfriado por la corriente marina de Humboldt, y oasis de alto nivel productivo, constituidos por los valles que originan los ríos que cruzan transversalmente el desierto a partir de la cordillera; y otra cordillera de múltiples pisos ecológicos, constituidos a partir de diferencias de altitud y latitud que conforman un mosaico de distinto grado de productividad, con extensas etapas utilizadas generalmente para el pastoreo, valles interandinos de diferentes extensiones y laderas de variable uso agrícola, regulados por técnicas de irrigación y secano igualmente variadas". El autor que acabamos de citar trata en forma separada la sección "Circum-Titicaca", incluyéndola como segmento de lo que denomina "Andes centro-sur", con lo que se aparta de las definiciones tradicionales. Al segundo vértice del triángulo - Tiempo - dedicaremos algunos comentarios generales; al tercero - Cultura - sólo podemos consagrar por limitaciones de espacio algunas páginas que resumen el estado actual de los conocimientos sobre el prolongadísimo Período Precerámico, base milenaria de las grandes civilizaciones que posteriormente se desarrollarían en esa misma sección de los Andes.

En agosto de 1981 tuvimos oportunidad de dictar un curso titulado "Arqueología del área andina" como parte de las actividades de la Primera Escuela Internacional de Verano (ESIN-1) organizada por el Instituto para el Nuevo Chile, de Rotterdam. El presente artículo puede ser considerado como un complemento escrito a lo expresado oralmente en esas jornadas docentes, donde nuestro principal propósito fue el liberar la búsqueda del pasado del Ande de su condición de indagación de lo fenecido y definitivamente superado, para reemplazar esta idea por la noción de búsqueda de los fundamentos de culturas que sobreviven en múltiples sociedades, en millones de hombres andinos. Por lo tanto, hubo que exponer esquemáticamente la cronología arqueológica para poder asir la noción de profundidad en el tiempo, indispensable en la tarea de borrar la falsa imagen de una América inmadura, de un continente que para humanizarse está a la espera del aporte cultural extracontinental del siglo XVI. Las sociedades andinas con que se enfrentó el conquistador español no eran adolescentes, pero tampoco seniles; eran maduras, de una madurez milenaria que se ve refrendada por la existencia de estados - como el Inca - de estructura político-económica compleja y rígida, inflexibilidad esta última que será justamente su punto débil frente a la invasión europea.

En una reciente publicación (Bittmann et al. 1978:61) lefamos una apretada síntesis sobre la incorporación de una sociedad indígena a los dominios del Inca y luego al imperio español y las consecuencias que para ella tuvo esta pérdida de su ancestral autonomía. Concretamente se trata de los pueblos de la Puna de Atacama (norte de Chile) englobados bajo el rótulo arqueológico de

"cultura Atacameña", cuyo "desarrollo autóctono fue interferido por el sistema imperial incaico, el cual lo articuló bajo sus inteligentes principios de reciprocidad y vasallaje equilibrado, por la vía de alianzas y arreglos políticos. No obstante, el dominio europeo fue violento y la sola presencia de los valores mercantilistas europeos produjo un impacto increíble. La crisis demográfica (guerras, trabajo en minas, etc), y fisiológicas (nuevas enfermedades) a consecuencia de una conquista real, aceleró un proceso de cambios caóticos para el señorío Atacameño. Los nuevos ideales productivos y políticos, el cristianismo, los objetos de la cultura material nunca antes vistos (ruedas, armas, monedas, fierro, etc.), los animales mejores que el ganado local (caballos, vacunos, caprinos, etc), el idioma español, las armas destructivas, etc., son entre algunos rasgos críticos, una señal concreta del dominio subyugador y deslumbrante, capaz de ofender y sorprender a la vez. Los valores culturales atacameños se desarticularon, sus hábitos se confundieron con la nueva mentalidad europea, el Kunza desapareció gradualmente, hasta quedar reducido a unos cánticos ceremoniales. Sorprendentemente, como símbolo del cambio, los vencedores proporcionaron el poder político concediendo a los caciques locales los términos de "Don" y "bastón de mando"...". Nos hemos permitido hacer esta larga cita por parecernos que deja bien descrita una situación histórica que, aunque referida a una localidad específica, ejemplifica perfectamente lo acaecido en similares circunstancias en innumerables regiones del ámbito andino. Por otra parte, las líneas reproducidas pueden servir de preámbulo antes de introducirnos en períodos y fases mucho más distintas en el tiempo, de los cuales sólo contamos con testimonios poco elocuentes que contrastan con la dolorosa nitidez con que asistimos al conflictivo contacto hispano-indígena. En este sentido, si bien es cierto que en la discusión sobre los períodos más remotos de la prehistoria americana está presente con frecuencia la discrepancia científica, por el contrario se encuentra ausente aquel justo apasionamiento que caracteriza el estudio de las etapas postreras del mundo prehispánico. No puede ser de otra manera, porque los pueblos de la actual Latinoamérica han heredado de este último episodio un considerable porcentaje de los rasgos que les dan su actual fisonomía, no siendo de los menos importantes, por ejemplo, el de sistemas de explotación de la tierra, que de la encomienda hispánica deriva hacia el latifundio manejado por las oligarquías nacionales criollas que se consolidan en la pasada centuria.

Podemos observar como el encomendero se transforma en terrateniente, el adelantado en cuadillo y éste en dictador; pero el indígena tiene diferente fortuna, porque de miembro protegido de una sociedad que rige hasta los detalles de su existencia, pasa a quedar entregado a los atavares de una nueva sociedad que pretende "integrarlo", transdormándolo en peón agrícola o proletario urbano.

2. La perspectiva cronológica.

A lo largo de las tres centurias posteriores a la conquista de la región andina, todo monumento u objeto nativo fue casi invariablemente atribuido al Tahuantinsuyo (es decir al imperio de los Incas) o, más allá de sus fronteras, a alguna de las postreras civilizaciones indígenas. Si esta actitud fue la más frecuente, no fue por ello la única, ya que desde sus primeros pasos por esas tierras europeos recogieron tradiciones orales sobre la existencia de pueblos pre-Incas, aunque sin llegar a fijar su real antigüedad. De-

terminar esto último resultaba imposible en este momento, ya que ni se contaba con documentos escritos que proporcionaran hitos cronológicos, ni tampoco se poseían técnicas arqueológicas que permitieran deducirlos a partir del estudio de los vestigios materiales. Pero el elemento más importante que estaba ausente era el de la propia concepción de la enorme profundidad cronológica de la historia general de la humanidad, e incluso del pasado geológico de nuestro planeta. Recuérdese que esos mismos europeos de la Conquista desconocían casi por completo la historia de sus propias regiones de origen anterior a la presencia romana, aun cuando sospechaban la existencia de sociedades remotas que se adivinaban detrás de una cortina de leyendas. Por otra parte, téngase presente la famosa polémica entablada entre Georg Horn e Isaac Vos - dos representantes del mundo intelectual del siglo XVII en los Países Bajos - en la que discutían sobre la edad de la Tierra, la que calculaban respectivamente en 1440 y 2255 años "antes del diluvio". Es decir, mal podríamos esperar que se supiese la existencia de culturas milenarias en el área andina cuando el mismo planeta parecía tan joven a los hombres ilustrados de la época.

Pero, como ya lo señaláramos, algunos espíritus curiosos no dejaban de sorprenderse por la grandiosidad de los testimonios materiales dejados por aquellas sociedades que antecedieron al Tahuantinsuyo. Ejemplificaremos anotando las líneas con las que en La Crónica del Perú describe Pedro de Cieza de León, a mediados del siglo XVI, su visita a las ruinas de Tiwanaku, junto al lago Titicaca. Dice el cronista: "Otras cosas hay más que decir deste Tia-caca, que paso por no detenerme, concluyendo que yo para mí tengo esta antigualla por la más antigua de todo el Perú; y así, se tiene que antes que los ingas reinasen, con muchos tiempos, estaban hechos algunos edificios destos;... Yo pregunté a los naturales, ... si estos edificios se habían hecho en tiempo de los ingas, y riéronse desta pregunta, afirmando lo ya dicho, que antes que ellos reinasen estaban hechos, mas que ellos no podrían decir ni afirmar quién los hizo..." La misma idea contenida en este párrafo se ve confirmada en la crónica redactada hacia 1586 por Miguel Cabello Valboa, la más antigua entre varias que hacen referencia a los pueblos de la costa norte peruana, especialmente al reino Chimú conquistado por los Incas medio siglo antes de la llegada de Pizarro. Las informaciones orales recogidas en el siglo XVI permiten hoy establecer en forma tentativa la línea de sucesión de los soberanos Chimú hasta una fecha que podría situarse en las postrimerías del siglo XIII o inicios del siguiente, a partir del héroe legendario llamado Naymlap hasta Minchancaman, que hacia 1480 debió someterse a Túpac Inca Yupanqui. Estamos, por consiguiente, frente a otro caso de temprana constatación de la existencia de civilizaciones preincaicas.

Desde fines del siglo pasado, cuando comienza a consolidarse en América una arqueología que paulatinamente va adoptando procedimientos científicos, vemos surgir diversas tentativas de parcelar el tiempo precolombino en períodos y más tarde en nuevas formas de fraccionamiento como estilos, horizontes, fases, etc. Es decir que en el transcurrir de las culturas nativas son buscadas unidades a las que se atribuye una consistencia interna, representada por un rasgo cultural (o un conjunto de ellos) a través del cual el arqueólogo presume ver dentro de una sociedad una actitud diferente a la observada, tanto en el lapso de tiempo precedente como en el que se ubica a continuación. Los elementos escogidos no son siempre los mismos, pudiendo ser un rumbo particular dado a una forma artesanal (el ejemplo más típico es la cerámica), los

vestigios de una actividad socio-religiosa que se manifiesta por medio de complejos arquitectónicos ceremoniales de estilo bien definido, las formas de inhumación, etc. Pero, como lo anota Nuñez Regueiro (1975:12) las categorías de periodificación no pueden ser establecidas sólo en base de inventarios materiales, sino que a partir de índices de índole cualitativa y debe tener en cuenta "la estructura que le da significado a todos ellos. Y en este sentido, el conocimiento de la estructura puede alcanzarse mediante el análisis de los modos de producción de las culturas arqueológicas,..."

3. El Período Precerámico, base milenaria de las civilizaciones andinas.

3.1. Los cazadores. Los prehistoriadores interesados en el estudio del más remoto pasado de los amerindios, se han visto enfrentados a la tarea de buscar una distribución lógica al interior de una masa de información proveniente de Sudamérica, la que se ha visto incrementada en el transcurso de las últimas dos décadas. Esta consiste fundamentalmente en la acumulación de descripciones morfológicas de materiales líticos complementadas a veces con datos estratigráficos, dataciones radiocarbónicas, determinaciones de fauna, etc., pero que con mayor frecuencia se presentan huérfanas de toda noticia por provenir de alguno de los innumerables sitios arqueológicos de superficie, erosionados, carentes además de restos óseos y donde sólo la aplicación de métodos estadísticos permite obtener conclusiones de cierto interés. Resulta sin embargo evidente que Sudamérica (y el área andina en particular) encierra elementos claves para el conocimiento de los primeros cazadores que poblaron el continente durante el Pleistoceno - que concluye unos 8000 años antes de nuestra era - y que ya a fines de ese período y comienzos del siguiente, es decir del Holoceno, estaban adaptadas a los más diversos nichos ecológicos. La extinción de algunas especies pleistocénicas constituye uno de los grandes problemas que enfrenta la Prehistoria americana, ya que tal vez las primeras olas migratorias humanas habrían tenido un rol determinante en el establecimiento de un desequilibrio ecológico que condujo a la desaparición de especies como el mastodonte, el perezoso gigante, el gliptodon, el paleolama, el caballo americano y otras. Se ha constatado que esos cazadores tempranos (o Paleo-indios), de un lejano origen asiático, habrían alcanzado hace 11.000 años el extremo austral de América, estando presentes sus vestigios en el nivel inferior de la serie estratigráfica de la gruta Fell, en la estepa patagónica oriental de Chile. Ya en 1936, gracias a las investigaciones de J.B. Bird, se habían obtenido pruebas de la contemporaneidad del hombre con fauna extinta en esa latitud extrema y, por consiguiente, esperábase encontrar más al norte evidencias similares, pero más remotas en el tiempo, debido a que las rutas del poblamiento primitivo debieron seguir una dirección general de norte a sur. Acercándonos al medio siglo de ese descubrimiento, constatamos que los yacimientos más antiguos de Sudamérica conocidos hoy en día se encuentran en Venezuela, al oriente de los Andes, seguidos de otros que se ubican en plena región andina septentrional, en Colombia (en la sabana de Bogotá) y en Ecuador (en el valle del río Inga). En la parte meridional, en Chile, existen pruebas de la presencia de cazadores Paleo-indios en Quereo (localidad próxima a los Vilos) y en las margenes de la

laguna Tagua-Tagua (170 km. al sur de Santiago).

En cuanto a los Andes centrales, R.S. MacNeish llevó a cabo un proyecto de investigación en el valle de Ayacucho (altiplano peruano) excavando varias grutas entre las que se destaca la de Pikimachay, donde sacó a luz restos que se remontarían a casi 20.000 años. No obstante, otros arqueólogos han criticado la falta de claridad del contexto de donde fue tomada la muestra que proporcionó esa edad, siendo más seguro que los primeros cazadores que llegaron al área lo hicieron hace unos 16.000 años (es decir 14.000 A. de C.), lo que de todas maneras no deja de ser una fecha sorprendentemente temprana. Con anterioridad a estos descubrimientos ya eran conocidos varios sitios altiplánicos de la misma naturaleza, destacándose Lauricocha (en la naciente del río Marañón, Perú) y Viscachani (entre la Paz y Oruro, Bolivia), los que fueron estudiados por A. Cardich y D.E. Ibarra Grasso respectivamente; datarían de unos 8000 años antes de nuestra era. Resultaría largísimo inventariar todos los yacimientos del mismo tipo descubiertos hasta ahora, por lo que nos limitaremos a mencionar tres de ellos: Ambo (Huánuco), Guitarrero (Ancash) y Uchcumachay (Puna de Junín). Lo importante es hacer notar que la presencia del hombre en los Andes centrales se remonta por lo menos a 12 milenios, y probablemente más. Por otra parte, hay que señalar que si bien la economía de esos primeros pobladores tuvo como fundamento la caza, ésta no fue exclusivamente caza mayor sino que incluyó la de animales de pequeña talla como venados y roedores. La recolección de vegetales silvestres constituyó además un complemento nada despreciable a la subsistencia. Debemos insistir en borrar la falsa imagen del hombre primitivo representado en el aventurado gesto de enfrentar, lanza en mano, la colosal masa de un mastodonte en cólera. Es cierto que se produjeron episodios de este tipo, pero indudablemente su imagen acechando una manada de guanacos o montando una modesta trampa corresponde mejor a lo que debieron ser sus hábitos cotidianos.

Esta etapa de predación se prolongó en la región que nos ocupa hasta unos 5000 años antes de nuestra era, fecha hacia la cual contamos con evidencias - especialmente en la costa peruana - de una profunda transformación cultural que habría dado acceso a una agricultura incipiente, la que allí se veía complementada con la explotación de los abundantes recursos marinos de que dispone. Pero antes de continuar debemos recalcar que el largo período preagrícola no es una etapa carente de creatividad ni de intercambios, pero su comprensión se ve entorpecida porque disponemos casi exclusivamente de contextos culturales mutilados por el tiempo, a los que en la mayoría de los casos sólo se tiene acceso a través del examen del utillaje lítico. Es por consiguiente la comparación tipológica de industrias líticas - o elementos aislados de ellas - el método básico que puede permitir al arqueólogo esbozar sobre la carta de América trazos de unión entre diversas regiones, los que deben ser interpretados como pretéritas corrientes migratorias e influencias culturales, es decir tráfico de poblaciones y/o de ideas.

3.2. Los pescadores-agricultores del litoral peruano. Al estudiar el proceso cultural precolombino en las diferentes regiones del continente encontramos, casi inevitablemente, una etapa caracterizada en lo fundamental por ensayos de agricultura y aparición de alfarería. Ambos elementos no surgen de manera sincrónica dentro

de las diversas áreas en estudio - ni mucho menos dentro del territorio americano en su totalidad - sino que por el contrario se presentan con marcadas diferencias cronológicas. Por ejemplo en el área andina central la agricultura precede en unos tres milenios a la alfarería, constituyendo un "Precerámico agrícola". Resulta evidente, al menos hoy, que la neolitización de América fue un proceso que en gran medida constituyó el resultado de la difusión de determinadas ideas y técnicas a partir de zonas que podríamos calificar de privilegiadas, ésto en el sentido de que fueron las primeras en usufructuar de las ventajas de una economía basada en el control de la producción agrícola. La alfarería, por su parte, parece indicar tradicionalmente una situación de estabilización y especialización dentro de la sociedad. Son tres por consiguiente los componentes básicos atribuidos a las culturas en nivel neolítico: agricultura, cerámica, sedentarización. Sin embargo, resulta de una simplicidad exagerada reducir a este elemental diseño el comportamiento de sociedades que sólo conocemos de manera selectiva, a través de los vestigios que el tiempo ha perdonado, y que los arqueólogos han descubierto en áreas escogidas bajo imperativos propios de la investigación o característicos del desarrollo histórico de la arqueología. Hay que indicar además que lo que Childe denomina "revolución neolítica", se presenta a la luz del conocimiento arqueológico de ese continente como una situación cuyos inicios percibimos hoy sólo vagamente, aunque esto no debe ser interpretado como una falta de apreciación de su importancia. Por otra parte, parece presentarse allí más como un proceso que como una verdadera revolución, término éste que conduce a imaginar una transformación social profunda sobrevenida en un lapso de tiempo lo suficientemente estrecho como para que la misma sociedad involucrada tome conciencia de la mutación que la afecta. En el ámbito de la teoría, los americanistas disponen del término "Formativo", que corresponde aplicar a una sociedad en posesión de un tipo de agricultura - con base en el maíz, por ejemplo - y adaptada a un género de vida eminentemente sedentario en aldeas. Puede apreciarse que aquellos elementos por los que los arqueólogos de formación tradicional sienten especial apetito - el material lítico y la cerámica - no son aludidos. Esto nos evita explicar la ya centenaria definición dada por J. Lubbock a su famoso Neos lithos.

El litoral peruano ha resultado ser terreno privilegiado para la búsqueda de las huellas de la primitiva agricultura sudamericana. En primer lugar la excelente conservación de los restos orgánicos (incluyendo frutos y semillas) y en segundo, la conocida fertilidad de sus valles - en contraste con el desierto que los enmarca - han inducido a algunos prehistoriadores a suponer que esa región pudo ser uno de los puntos de partida del proceso agrícola del Nuevo Mundo. Es decir que se ha llegado consciente o inconscientemente a recrear una imagen que sería el reflejo de lo ya descubierto en el Cercano Oriente, donde las primeras sociedades agrícolas surgen en oasis y valles como una respuesta - según la tesis de Toynbee - al reto de un medio árido y en extremo desfavorable. Si en buena medida nuestro conocimiento de las primeras plantas cultivadas en el área andina proviene de los ejemplares recolectados en el desierto peruano, esto no significa que estemos hoy en posesión de la certitud de que todo se inició allí. Nos encontramos, por lo tanto, frente a otro de los problemas no dilu-

ciudadanos de la arqueología americana. Otras áreas de Sudamérica no están a la par de la costa peruana en lo que respecta al descubrimiento de los primeros indicios de agricultura. Tal vez en muchos casos éstos hayan estado presentes, pero han escapado a la paciente búsqueda de los arqueólogos que no siempre han tenido a su alcance los medios técnicos requeridos. En el caso específico de la costa peruana y su prolongación en el extremo norte de Chile, puede conjeturarse que la vida en aldeas sedentarias antecedió a la aparición del cultivo. Esta situación de excepción pudo ser posible gracias a que los recursos obtenibles desde el mar fueron lo suficientemente abundantes como para dar a la economía una situación de estabilidad, lo que más tarde se vió reafirmado por la agricultura. Así vemos aparecer en el llamado Precerámico V (ca. 4200- ca. 2500 A. de C.) una serie de aldeas cuyos basurales arqueológicos muestran un elevado porcentaje de restos de fauna marina, incluyendo mamíferos de igual origen, además de los vestigios de las primeras plantas cultivadas en la zona, como calabazas y frejoles. Esta fracción del Precerámico peruano se inicia con la Fase Corbina que incluye los primeros signos de establecimientos más o menos permanentes, y concluye con la Fase El Encanto a la que corresponden algunos sitios que han sido descritos detalladamente por F. Engel. Uno de los más notables es Chilca, situado 67 km al sur de Lima y a 4 km del mar, junto a una quebrada hoy prácticamente seca pero que permite el desarrollo de la vegetación gracias a sus aguas subterráneas. Mediante excavaciones iniciadas en 1963 pudo comprobarse la existencia de los restos de una aldea que estuvo formada por viviendas en forma de colmena, con estructuras de caña y cubiertas por juncos. En el inventario de plantas cultivadas no aparece el algodón, hecho a partir del cual el arqueólogo recién citado estableció una división del Precerámico agrícola peruano en dos fases: sin algodón y - a partir de ca. 2500 A. de C. - con algodón (Donnan 1964; Engel 1966-a). Es necesario indicar que el cultivo del algodón es de importancia para la arqueología porque indica la domesticación de una planta silvestre y plantea el problema de posibles contactos con otras áreas culturales donde posiblemente tuvo su origen. Aunque no tuvo la relevancia económica del maíz, el empleo de su fibra mejoró la técnica de fabricación de redes de pesca con evidentes consecuencias positivas para la obtención de la alimentación. A pesar de la falta de lluvias, las neblinas que cubren el litoral durante el invierno permiten el desarrollo de una vegetación sobre las laderas de los cerros que enfrentan el océano, fenómeno conocido bajo el nombre local de "lomas"; esta vegetación estacional atraía a los herbívoros y, tras ellos, a los cazadores. Cuando comenzó a desarrollarse el pastoreo de camélidos - cuyos inicios no están todavía bien definidos - llegó a establecerse un sistema de transhumancia estacional entre la costa y las tierras altas que se prolongó a lo largo de milenios, prácticamente hasta la época actual.

Las primeras investigaciones sobre los asentamientos precerámicos permanentes de la costa peruana fueron efectuadas por J.B. Bird, quien en 1946 excavó un montículo formado por restos de viviendas y basuras situado en las proximidades de la desembocadura del río Chicama, en la costa norte. Para este sitio - que lleva el nombre de Huaca Prieta - se dispuso ya en 1951 de una serie de fechados radiocarbónicos que se cuentan entre los primeros obtenidos por ese método; el más antiguo corresponde a la fecha 2430 ± 270 A. de C., lo que sitúa ese asentamiento a fines del Período Precerámico

(Precerámico VI, ca. 2500 - ca. 1800 A. de C.) Para la construcción de las viviendas, algunas con 2 o 3 habitaciones, se utilizaron piedras, madera, esteras de junco y huesos de ballena. El estudio de los basurales indica que la caza de mamíferos marinos, la pesca y la recolección de mariscos eran las actividades más frecuentes de esa población que, sin embargo, conocía ya la agricultura de la cual obtenía parte de su subsistencia. Los textiles en algodón alcanzaron un amplio desarrollo, no sólo técnico sino también artístico como lo demuestra la habilidad con que están decorados, utilizando especialmente patrones rectilíneos inspirados en la fauna con un probable transfondo mítico (Bird 1948). En síntesis, Huaca Prieta presenta ya múltiples elementos e ideas que resultan típicas para el arte precolombino de los Andes centrales y que se perfeccionarán y difundirán a través de las civilizaciones posteriores.

Numerosos otros asentamientos del Precerámico final han sido descubiertos a lo largo del litoral norte y central, por ejemplo en los valles de Virú, Culebras, Chancay, Chillón, Rimac, Asia, etc. Todos entregan una visión parecida a Huaca Prieta, es decir vestigios de viviendas, tumbas y enormes cantidades de desechos sugiriendo un incremento de población en relación a una sedentarización más avanzada y una agricultura más desarrollada. Uno de los aspectos sobresalientes de esa época fue la aparición de las primeras construcciones monumentales tal como lo prueba el edificio excavado y reconstruido por F. Engel en el sitio de El Paraíso, en la hacienda Chuquitanta (valle del río Chillón), 10 km. al norte del aeropuerto de Lima. La exploración del área permitió descubrir las ruinas de siete grandes construcciones, una de las cuales (de ca. 50 x 50m. en la base) fue analizada en detalle, determinándose que fue levantada hacia el año 1600 A. de C., es decir en la transición del Precerámico final al Período Inicial. Los muros están formados por bloques octogonales de piedra, tallados toscamente, los que fueron extraídos de una cantera cercana; es probable que su terminación incluyera estuco y pinturas. El conjunto, que debió ser imponente, habría estado investido de un carácter ceremonial (Engel 1966-b).

3.3. La domesticación. En lo que a este aspecto se refiere, comúnmente entendemos como tal al control ejercido por el hombre sobre algunas especies animales de las que obtiene mejor provecho manteniéndolas en total o parcial cautividad, controlando y/o alterando sus hábitos alimentarios y sociales, programando su fertilidad, provocando a veces mutilaciones que pueden ser positivas desde el punto de vista de su explotación, etc. Control y manipulación son, en último término, los *medium operandi* de toda clase de domesticación por elemental que esta sea. Aunque el término es aplicado con menos frecuencia al referirse al mundo vegetal, no es menos cierto que la selección y aprovechamiento que hizo el agricultor primitivo de determinadas plantas es, en sentido estricto, una forma de domesticación. Desde luego la domesticación ocupa un lugar importante en la problemática arqueológica de América, ya que un cierto número de especies fueron objeto de este proceso en tiempo precolombino. Nos detendremos a observar algunos casos centrados en especial en el área andina - mejor estudiada desde este punto de vista - y refiriéndonos de preferencia a especies cuya importancia económica es evidente. Debemos señalar de inmediato que frente a un crecido número de

especies vegetales sólo podemos oponer unas cuantas especies animales. Luego de la conquista europea, las primeras lograron una rápida difusión en el Viejo Mundo; citemos los ejemplos clásicos de la patata, el maíz y el tabaco; otras como la coca tienen un historial más inquietante. Los animales domésticos andinos no fueron apreciados de la misma manera, digamos más bien que sólo como curiosidades de jardín zoológico. La contrapartida fue la introducción de especies europeas, a veces con consecuencias catastróficas para el equilibrio de los ecosistemas de diversas regiones del continente americano.

Los cazadores del Paleo-indio supieron auxiliarse de perros; al menos así lo atestiguan algunos esqueletos de cánidos domesticados que se remontan a esa época. Podemos deducir por consiguiente que, durante milenios, el perro fue el único animal doméstico que siguió las bandadas de cazadores que erraban por ese continente, siendo muy probable que esta simbiosis social entre Homo sapiens y Canis familiaris estuviese ya bien establecida a fines del Pleistoceno. Los españoles introdujeron en América el mastín como eficiente colaborador en las empresas militares, útil hasta tal punto que no se ha vacilado en indicar que la Conquista no hubiese sido posible sin el auxilio del perro y del caballo. Para las grandes civilizaciones andinas del siglo XVI el perro indígena, en sus diversas variedades, ya no jugaba el importante rol que tuviera para los tempranos cazadores, habiéndose convertido en ciertos casos en una especie comestible como tantas otras. En consecuencia, el mastín europeo, con su fuerza muscular y la agresividad adquirida por especial entrenamiento, apareció ante los ojos de los nativos como un animal prácticamente desconocido. Otra especie de indudable interés económico domesticada en los Andes fue la cavia o curí. Su crianza en cautividad podría remontarse al Período Precerámico, conclusión que se desprende de la frecuencia con que aparecen sus restos en los basurales arqueológicos de esa época y de las modificaciones observadas en los esqueletos de esta especie encontrados en el sitio de Tequendama, en Colombia (Correal Urrego & Van der Hammen 1977). A pesar de los milenios transcurridos, la delicadeza de su carne ha permitido a este roedor mantenerse hasta hoy dentro de la mejor tradición gastronómica de muchos lugares del área andina.

Pero el gran éxito de la domesticación en Sudamérica no lo representan las especies que hemos citado hasta ahora, sino que fue logrado con la crianza y control de la fertilidad de los camélidos, lo que involucró un largo y complejo proceso que sólo en años recientes ha comenzado a ser estudiado de manera sistemática. El interés por desarrollar investigaciones de este tipo no mira exclusivamente hacia un mejor conocimiento del pasado, sino que representa un esfuerzo por comprender, desde un punto de vista científico, la realidad actual de amplias zonas donde el pastoreo de camélidos sigue teniendo vital importancia. Las estadísticas lo corroboran ya que, por ejemplo, en 1970 los pastores de los Andes peruanos criaban una suma global de 2.600.000 alpacas y 600.000 llamas. Las variedades actuales de camélidos andinos son cuatro, pertenecientes todas al género Lama: vicuña (Lama vicugna), guanaco (L. guanicoe), alpaca (L. pacos) y llama (L. glama); las dos primeras viven en estado salvaje, siendo el guanaco apreciado especialmente por la calidad de su carne y la vicuña por su piel. La alpaca produce el vellón de mejor calidad y la llama, junto con su lana, fue como es bien sabido el animal de transporte por

excelencia de los Andes precolombinos. La carne fresca de estas dos últimas variedades tiene tanta riqueza proteica como la de vacuno, pollo y pescado, siendo algo superiores de este punto de vista a las de ovino y cerdo. Su conservación por métodos tradicionales se base en el salado y la deshidratación, ya sea sin huesos o con ellos, productos que son conocidos bajo los nombres indígenas de "charqui" y "chalonga" respectivamente. Si añadimos a los beneficios obtenidos de estos animales el empleo de sus excrementos como combustible, nos daremos cuenta de que prácticamente nada es desechado como inútil por los pastores andinos (Bustanza Menéndez 1970; Fernández Benel 1970).

Los orígenes de la domesticación de los camélidos sudamericanos se pierden en el tiempo, aunque podemos conjeturar que deben ubicarse hacia la misma época de la protoagricultura, o tal vez algo antes. La principal dificultad reside en poder encontrar en los restos óseos las trazas de los hábitos domésticos y los posibles cruzamientos de las distintas variedades bajo control del hombre. Lamentablemente, durante años los arqueólogos no prestaron mucha atención a esta problemática y los vestigios de fauna encontrados en los yacimientos prehistóricos sólo eran considerados como restos de alimentación asociados a elementos culturales, sin pretenderse mayor análisis. Las más notables de las investigaciones recientes sobre este tema, han sido efectuadas a partir del material óseo colectado por medio de excavaciones practicadas en varias cuevas situadas en la Puna de Junín (Andes centrales del Perú). Dada la abundancia de restos de camélidos que encierran los niveles precerámicos, ha sido planteada la hipótesis de que esa zona podría haber sido uno de los centros prehistóricos de la domesticación. Los problemas que se enfocan tienen implicaciones tanto paleontológicas como arqueológicas. Uno de ellos es el de la búsqueda de las variedades extintas, es decir de los antepasados de los actuales camélidos, así como de posibles especies o sub-especies que pudieron ser cazadas o domesticadas en tiempo precolombino y que habrían desaparecido en tiempo protohistórico o histórico. Otro importantísimo dilema que se plantea es el del conocimiento de los procesos de transición de la caza generalizada de mamíferos a una especializada en camélidos y de allí, con un mejor conocimiento de los hábitos de estos animales, a su semi-domesticación; más tarde, las implicancias culturales y sociales del pastoreo de camélidos hasta culminar con el control estatal de los rebaños y de su explotación por parte de la administración imperial de los Incas, período durante el cual el pastoreo alcanzó un nivel de rendimiento que no ha vuelto a ser alcanzado (Pires-Ferreira et al. 1977).

4. Conclusiones.

Como lo indicáramos en la introducción, estas páginas sólo pretenden ser un suplemento de lo expuesto en el curso dictado en ESIN-1. La acumulación de literatura arqueológica sobre el área andina alcanza tal proporción, que resulta imposible citar aquí en su totalidad a los investigadores - ni siquiera a los más prestigiosos - que le han dedicado su atención. Podemos señalar sin embargo que, como ocurre en toda ciencia, encontramos dos corrientes de pensamiento, una conservadora y otra que se proyecta hacia la búsqueda de nuevas formas interpretativas del acontecer

humano en esa vital región americana. La descripción pura y simple de monumentos debe, hoy en día, ser considerada sólo como parte del proceso indagatorio, pero en ningún caso como preocupación única de la arqueología. Un gradual acercamiento entre esta disciplina y determinados aspectos de las ciencias naturales, es uno de los rasgos positivos que están caracterizando a la arqueología contemporánea. Esto adquiere plena validez en el estudio del pasado americano, ya que la expedición de Colón permitió el contacto y enfrentamiento de dos sistemas culturales - el americano y el europeo occidental - que habían evolucionado separadamente durante milenios. La situación histórica así planteada es un caso rarísimo en los anales de la humanidad y entrega a la arqueología americana la responsabilidad de buscar las leyes de funcionamiento de sociedades que - fuera de los modelos occidentales - supieron encontrar el justo equilibrio interno en una relación de adecuada explotación de recursos naturales provenientes de diferentes nichos ecológicos, muchos de los cuales no han vuelto a ser ocupados con éxito luego de la invasión europea. Esto es especialmente válido para la región andina central, donde llegaron a plasmarse una serie de ideas - entre ellas la de Estado - por vías originales e independientes de influencias extra-americanas. Finalmente, como corolario, hay que señalar que la arqueología no llega a alcanzar un nivel de autosatisfacción, sino que por el contrario los nuevos descubrimientos plantean nuevas interrogantes.

Literatura citada.

- Bird, J.B. (1948) Pre-ceramic Cultures in Chicama and Virú. En Reappraisal of Peruvian Archaeology (W.C. Bennet, ed.) Society for American Archaeology, Memoir no. 4, pp. 21-28, Menasha, Wisconsin.
- Bittmann, B., G. Le Paige, S.J. & L. Nuñez Atencio (1978) Cultura Atacameña. Serie El Patrimonio Cultural Chileno, Colec. Culturas Aborígenes, Santiago.
- Bustanza Menéndez, J.A. (1970) Contribución a la diferenciación específica de los camélidos sudamericanos. En Anales de la Primera Convención sobre Camélidos Sudamericanos (Auquénidos), Puno 5-11 julio 1970, pp. 26-28.
- Cabello Valboa, M. (1951) Miscelánea Antártica. Una historia del Perú antiguo. Lima (Manuscrito de ca. 1586).
- Cieza de León, P. de (1962) La crónica del Perú. Madrid, Espasa-Calpe, S.A. (1a. ed. Sevilla 1553).
- Correal Urrego, G. & T. van der Hammen (1977) Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Teguendama. Bogotá, Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular.
- Donnan, Ch.B. (1964) An Early House from Chilca, Peru. American Antiquity 30: 137-144.
- Engel, F. (1966-a) Geografía humana prehistórica y agricultura precolombina de la Quebrada de Chilca. Lima, Universidad Agraria.

Engel, F. (1966-b) Le complexe précéramique d'El Paraíso (Pérou). Journal de la Société des Américanistes 55: 43-95.

Fernández Benel, J. (1970) Tecnología y comercio de la carne de auquénidos en el Perú. En Anales de la Primera Convención sobre Camélidos Sudamericanos (Auquénidos), Puno 5-11 julio 1970, pp. 186-191.

Lumbreras, L.G. (1981) Arqueología de la América andina. Lima, Editorial Milla Batres.

Nuñez Regueiro, V.A. (1975) El problema de la periodificación en Arqueología. Actualidad Antropológica (Suplemento de Etnia; Olavarría, Argentina) 16: 1-20.

Pires-Ferreira, J.W., E. Pires-Ferreira & P. Kaulicke (1976) Pre-ceramic Animal Utilization in the Central Peruvian Andes. Science 194: 483-490.

ANTROPOLOGIA SOCIAL EN SUDAMERICA

Fabiola Jara Gómez

Existen por lo menos tres definiciones del campo de la antropología: una que pone el énfasis en el enfoque particular desde el que las formas sociales son aproximadas y analizadas; lo antropológico, en este caso, es una preocupación y no un objeto de estudio; una segunda que define la antropología como el estudio de la cultura, y que, por lo tanto, se preocupa de desarrollar técnicas para el análisis de la cultura, y del desarrollo de las teorías que la expliquen y la ubiquen dentro del conjunto de la vida social; una tercera definición corriente de la antropología la asocia al estudio de un cierto tipo de sociedades, que comparten varios rasgos: sociedades de tecnología arcaica, sin estado, sin estratificación social y con una división sexual del trabajo social.

La primera definición es universal y puede ser encontrada en muchas (sino en todas) las sociedades humanas que han existido y que existen y que está íntimamente ligada a la cosmología, la filosofía y la estética de las sociedades. La segunda y la tercera se incluyen en el contexto de las ciencias sociales, tal como fueron definidas en las instituciones académicas en formación en el siglo pasado. Mientras que la segunda está ligada a la sociología y la atención que le da a las sociedades "simples" y "pequeñas" surge de un requerimiento metodológico, la tercera

pone un fuerte acento en la aplicación del conocimiento (obtenido por observadores directos de la vida cotidiana de las sociedades tribales y rurales) para formular políticas de integración en la sociedad más amplia.

Para el caso de las sociedades que pueblan América del Sur, las tres perspectivas han sido desarrolladas. La antropología social y cultural y la antropología aplicada son, sin embargo, las preocupaciones más extendidas en el continente mismo.

La antropología fue practicada, hasta hace corto tiempo atrás, sólo en su forma aplicada. El estudio de las sociedades latinoamericanas era preocupación de la historia mientras que el de las civilizaciones indoamericanas eran (por lo menos en lo que toca a su pasado) dejadas a la arqueología. Fuera del continente se produjeron, en cambio, muchos estudios en antropología cultural y social que definieron un extenso campo de investigación y que pronto fueron tomados por antropólogos latinoamericanos. Las primeras investigaciones sobre el cambio social y las relaciones culturales entre el campo y la ciudad fueron realizadas por antropólogos norteamericanos que hacían su trabajo de campo en Sud-América, México y América Central. Las investigaciones pioneras de la antropología urbana también fueron hechas por norteamericanos. Para poder proseguir las investigaciones en estos terrenos, los antropólogos latinoamericanos (hasta entonces dirigidos hacia la antropología aplicada y empleados sobre todo en la implementación de las leyes indigenistas), comenzaron a estudiar para títulos de post-grado en universidades norteamericanas. El caso de Brasil es diferente: la sociología (positivista) tenía una gran tradición entre la intelectualidad y fue entonces influenciada por los desarrollos de la antropología social francesa; los estudios etnológicos en el Brasil fueron realizados por europeos, (franceses, alemanes, etc) y, sobre todo, se preocuparon de las sociedades tribales de la selva.

Nos ocuparemos aquí de la antropología tal como es definida dentro de las ciencias sociales y luego veremos de que manera esta forma de aproximación a las sociedades influye o conforma una determinada antropología en un sentido más amplio, y de que ma-

nera para el caso de las sociedades latinoamericanas influyó en las relaciones que estas mantenían con las sociedades indias.

Una gran tendencia de la antropología cultural americana hizo uso de ejemplos sudamericanos y mexicanos para exponer sus teorías sobre el rol de la cultura en la vida social. Mientras otros antropólogos seguían los pasos de los ingleses y de Malinowsky entre los Trobriandres y las islas del Pacífico Sur, Robert Redfield hizo un estudio monográfico de un pueblo azteca en México. Este estudio tenía la particularidad de que si bien esta aldea era relativamente autónoma y, relativamente había tenido poco contacto con la sociedad mexicana, difería de las sociedades tratadas por sus colegas norteamericanos en que podía ser descrita como rural (en lugar de las sociedades de cazadores y recolectores). Se sostenía entonces la teoría de que las sociedades de pequeña escala, que no tenían una división social del trabajo (más allá del sexo), eran sociedades estáticas dominadas por la tradición; esta tradición era la "cultura", es decir, el sistema de valores que domina el comportamiento de los individuos en una sociedad, y que se trasmite de generación en generación creando patrones ideales de conducta. Redfield describió el poblado azteca como una sociedad cerrada, tradicionalista, estática y esencialmente armónica (en 1935). Este modelo de análisis se basó en la idea funcionalista de que todas las sociedades debían ser entendidas sincrónicamente y que la clave de la explicación de las instituciones sociales existentes estaba en su integración dentro del sistema o estructura social. Pronto surgieron las críticas a esta interpretación de la vida en el pueblo azteca. Primero fue Oscar Lewis, que repitió la investigación en el mismo poblado y pudo rebatir punto por punto el análisis realizado por Redfield. Resultó que Tepoztlán (el nombre que Lewis dió a la aldea), lejos de ser una sociedad "cerrada", constituía con un gran porcentaje de su población a la migración hacia ciudad de México (en 1940), que su población en su mayoría había participado activamente en la guerrilla zapatista, que luego del triunfo de la revolución, en el poblado se había realizado una amplia reforma agraria y se habían restablecido al control de los zapotecos una gran cantidad de tierras comunales bajo la forma de ejidos, que en el período contrarrevolucionario mucha gente huyó del poblado

para evitar la represión que sufrían por ese entonces los zapatistas, que se devolvieron a manos de los terratenientes mexicanos una gran parte de las tierras de los zapotecos. Lewis propuso otro modelo de interpretación para la comprensión de las relaciones entre el campo y la ciudad, rechazó la idea de una sociedad segmentaria y dual, y habló de un continuo. Este modelo mantenía esencialmente la sincronía del análisis traduciendo el cambio social a una movilidad geográfica. Sin embargo, Lewis pronto incorporó otros elementos a sus análisis, como veremos cuando hablemos de la antropología urbana.

La segunda crítica a la aproximación dualista surgió de otro grupo de investigadores, que habían estado ocupados en desarrollar la teoría materialista cultural, y que ponían un gran énfasis en las relaciones ecológicas y sus determinantes para la vida social y la cultura. Sobre todo la idea de "contexto" tan importante para el análisis ecológico, llevó a Eric Wolf a plantearse de una manera nueva las relaciones dentro de las comunidades rurales de los Andes (en su mayoría indias), como producto de la historia de las relaciones que éstas habían mantenido con las sociedades coloniales. Un artículo corto que Wolf publicó en 1956 tuvo una importancia fundamental en el desarrollo de las discusiones en el terreno; allí exponía él una tipología de las sociedades "campesinas" en América Latina y desarrollaba principalmente el tipo de "comunidades cerradas" (o corporadas).

Al mismo tiempo habían otros antropólogos, que investigaban en la misma corriente, que hicieron análisis de las relaciones sociales que surgían en torno a cultivos diferentes y se afinó la tipología de las sociedades "campesinas"; estas investigaciones se hicieron en las plantaciones de café y bananas en América central y discutían esencialmente las condiciones de aparición de un cierto tipo de relaciones sociales de producción, y llegaron a la conclusión de que en economía dirigida al mercado la ecología del cultivo era determinante en la aparición de plantaciones o de pequeños campesinos que combinaban el cultivo comercial con la subsistencia.

Aparte de contribuir a la reflexión sobre la sociedad latinoamericana, estos debates fueron de gran importancia para el pensamiento antropológico en general y son parte de discusión en torno a la antropología económica que hasta hoy debate acerca de la aproximación substantiva y la formal.

Hasta fines de los años 50, los antropólogos se habían preocupado del estudio de las sociedades en "pequeña escala"; esto como lo hemos avanzado ya, respondía a dos razones fundamentales: el enfoque sobre la cultura obligó a los antropólogos a mirar a la familia como unidad de observación, ya que la cultura se transmitía dentro de esta institución. Por otro lado, también era una premisa aceptada la idea de que la antropología debía investigar las inconsistencias que habían entre los códigos normativos sostenidos por una sociedad y el comportamiento real de las personas involucradas en la acción social. Las comunidades organizadas sobre las bases de un sistema de parentesco y donde la observación directa del comportamiento fuera posible para un estudioso, fueron elegidas como laboratorios de la ciencia de las sociedades. Otra ventaja de estas comunidades era que sostenían códigos normativos tan diversos entre sí y sobre todo con los del antropólogo que, por un lado, permitían tomar cierta distancia de los acontecimientos y, por otro, revelaban justamente la normatividad de algunos patrones y arreglos que pasarían como naturales si su contraparte no fuese observable.

La otra razón fundamental que explica esta dedicación exclusiva a las sociedades de pequeña escala era la urgencia de la recolección de información sobre estas civilizaciones que tanto en Norteamérica como en Sudamérica estaban en un proceso acelerado de deterioro; pronto, se temía, (desgraciadamente en la mayor parte de los casos con razón), los últimos sabios ancianos de estas sociedades morirían y se sabía que las nuevas generaciones estaban informadas muy fragmentariamente de la vida comunitaria, de las normas de comportamiento, del conocimiento técnico, de la cosmología y la medicina de sus pueblos. Los antropólogos asumieron la recolección de estos datos como un deber frente a la

historia de la humanidad, al mismo tiempo entre ellos había quienes pensaban que la integración a la sociedad moderna era inevitable y contribuyeron a planificarla como el menor de los males: otros aún pensaban que esta integración era deseable, pero en este caso la antropología no fue usada sino como un instrumento de contacto, el estudio de estas sociedades no fue emprendido y la integración se dejó en manos de la iglesia, la alfabetización en el idioma español, el contacto con colonos, y la incorporación de los jóvenes al ejército nacional.

En 1944 se emprendió la publicación de una enciclopedia etnográfica de Sudamérica. El encargado del proyecto fue J. Steward, por orden de la Sociedad Smithsonian. La obra tuvo 7 volúmenes y se terminó de imprimir en 1957. Luego se emprendió, por iniciativa del Instituto de Investigación de América Central de la Universidad de Tulane, en Texas, la publicación del Manual de los Indios de América Central que tuvo 16 volúmenes y que apareció entre 1964 y 1976. El Manual de los indios sud-americanos y el de Centro América son las fuentes principales de la etnografía y contienen información sobre el ambiente, la ecología, la economía, la lingüística, mitologías, sistemas de clasificación, antropología física, organización política y sistemas de parentesco. Los artículos fueron escritos por antropólogos especializados en las diferentes regiones y temas.

Como decíamos antes, la antropología en América Latina misma, comenzó a institucionalizarse en torno a los problemas que los gobiernos nacionales enfrentaban respecto a la posición de sociedades autónomas, dentro de sus territorios. La publicación de revistas que tocaban temas de la etnología y etnografía, folklore y arqueología fue comenzada por institutos indigenistas. Estos institutos tenían objetivos diversos dentro de una línea más o menos común de promover la integración paulatina de la población indígena a la vida nacional, (la nacionalización), al mismo tiempo que se ponía especial cuidado en que la integración no fuera un factor de desorganización y anomia entre los indios, y en conservar algo de su identidad étnica, tanto como lo permi-

tiese el primer punto del programa. En este espíritu se creó el Servicio de Protección del Indio de Brasil en 1910, que es la institución predecesora de la FUNAI actual, y que está bajo el Ministerio de Agricultura y Colonización. En 1938 se fundó el Instituto indigenista Interamericano que publicó en 1941 el primer volumen de la revista América Indígena. Aquí se llevó a cabo desde el comienzo una larga discusión acerca del indigenismo, aunque también se publicaba etnología y arqueología y etnohistoria. La documentación etnológica era más abundante en Francia donde la Sociedad de Americanistas (hoy con sede en el Museo del Hombre de París) en 1937 estaba publicando el volumen 28 de su "Journal". Luego de 1950 se comenzaron a publicar casi en todos los países latino americanos revistas de antropología, muchas ligadas a los museos y por lo tanto con una fuerte tendencia arqueológica o a los ministerios de colonización, donde la antropología aplicada y el indigenismo hicieron un lugar a trabajos de folklore (caso de Perú indígena). Las revistas relacionadas a los institutos universitarios de antropología (ellos, mismos ligados a la historia) como la Revista Española de Antropología Americana, los Anales de Antropología de la Universidad Autónoma de México).

El Instituto Indigenista Peruano del Ministerio de Trabajo y Comunidades se fundó en 1952 con el objeto de integrar a la población india a la sociedad peruana, y fue impulsado por el proyecto de Vicos, dirigido por Holmberg.

Para la etnología, el continente sudamericano está poblado por lo menos por cuatro tipos de civilizaciones que difieren esencialmente unas de otras por la forma en que organizan su subsistencia, su vida social, y por el medio ecológico en que se encuentran. Por un lado están las sociedades de la selva húmeda del Amazonas, donde, dependiendo de su asentamiento (al margen de los ríos o en la savanna) viven comunidades que practican la agricultura de la rosa, y pescan y cazan, al mismo tiempo que en la época seca recolectan algunos frutos (oleáginosos); el alimento principal es la mandioca (dulce y amarga). Viven

en aldeas permanentes y la división del trabajo sigue líneas sexuales, el parentesco y las alianzas matrimoniales dan cuenta de los principales motivos de la acción social y constituyen el tema central de sus reflexiones filosóficas y de su cosmología. Las sociedades de la savanna son mucho más móviles geográficamente, dentro de un territorio tradicional e históricamente demarcado; viven de la recolección y la caza, siendo la agricultura de la rosa limitada a la mandioca amarga que provee el sustento principal durante la estación de lluvias cuando vuelvan a los poblados grandes; durante la recolección y la caza se dividen en grupos que por lo general involucran a los hombres ligados por una determinada línea de parentesco. En estas sociedades las decisiones que involucran a la aldea en conjunto son tomadas en una asamblea de hombres, que se mantiene abierta hasta lograr el consenso; estas asambleas pueden durar días, incluso semanas. Los ancianos gozan de prestigio pero no cuentan con poder, los mejores cazadores y guerreros cuentan con prestigio y su poder depende de su poder de convencimiento (de su capacidad de discurso). Las aldeas pueden albergar entre 2000 y 150 personas, generalmente se disponen de manera circular en torno a un claro en cuyo medio está la casa de los hombres. Las malocas, como se llaman las casas grandes, albergan varias familias nucleares y se encuentran bajo la dirección de la mujer más anciana (que puede ser la suegra de las mujeres o la abuela de estas dependiendo de la patrilocalidad o matrilocalidad).

La cantidad de tiempo dedicada a la subsistencia varía entre 3 y 5 horas diarias, con picos altos y bajos. Durante la estación seca se trabaja en la apertura de jardines, reparación y construcción de casas, pesca colectiva para las fiestas de cierre de temporada, expediciones de caza, y el amojamado de la carne para la temporada de lluvias. En el último tiempo, la realización de cultivos comerciales se agrega con el fin de obtener dinero para comprar útiles de acero, aluminio, etc. Durante la estación lluviosa, que es la temporada de las fiestas y festivales, el trabajo que se hace regularmente es la cosecha de la mandioca y la preparación del pan y la comida, estos son ambos trabajos femeninos. Este tiempo también es usado por las mujeres para hacer artefactos de greda y por los hombres en la cestería y el

tallado de madera. En las últimas décadas algunos hombres de las aldeas viajan a la ciudad más cercana por algunas semanas para trabajar como obreros en las industrias o en las plantaciones.

El segundo grupo de sociedades que los etnólogos distinguen se les dan el nombre de culturas andinas o del altiplano; la antropología rural ha debatido largamente acerca de estas sociedades; por un lado, es justamente en los antiguos asentamientos de estas sociedades donde la sociedad hispánica instaló sus ciudades, lo que implica un tipo de convivencia de estas dos culturas desde por lo menos cuatro siglos; por otro lado se produjo una sociedad muy compleja en la que una civilización se asoció a lo urbano y la otra a lo rural, las discusiones sobre la antropología urbana y sobre todo las teorías sobre lo moderno y lo tradicional y sobre la cultura de la pobreza nos permitirán ejemplificar los problemas en este campo.

El tercer grupo etnológico es constituido por las civilizaciones de la Patagonia, sociedades recolectoras, pescadoras y/o cazadoras de las que desgraciadamente no hablaremos en esta ocasión. Baste por el momento recordar que en este territorio la conquista se basó en la exterminación explícita de la población autóctona, política a la que se ha recurrido en muy contadas ocasiones en el resto del continente.

El cuarto grupo son las sociedades complejas multiraciales del Caribe, que surgieron de la importación de esclavos africanos y obreros asiáticos por las compañías comerciales que explotaban los cultivos tropicales entre el siglo XVII y comienzos del XIX.

El estudio de las sociedades campesinas como lo propuso E. Wolf y como lo emprendieron una serie de antropólogos durante los años 40 - 50, los llevó inevitablemente a las ciudades junto con sus informantes o siguiéndolos en su corriente migratoria.

Así, en un principio, la antropología urbana fue un producto del proceso de urbanización y de despoblación de las áreas rurales a través de toda América Latina. Este proceso conoció paralelos

en Africa y en el sud-oeste asiático. El impacto tecnológico sobre la división del trabajo y sobre la ecología rural por un lado y la llamada destribalización, echaron por tierra las premisas metodológicas de la antropología funcionalista que se había negado consistentemente a estudiar el cambio social y darle atención al impacto que la sociedad colonial tenía sobre las instituciones culturales y la estructura social de los pueblos dominados. El estudio de la sociedad moderna había sido emprendido por diversas ciencias sociales: la sociología, la economía, la psicología social, etc. No parecía haber ningún campo real para la antropología y además se consideraba imposible pensar que una reflexión surgida en el estudio de las sociedades indoamericanas y africanas pudiera ser útil para comprender la sociedad industrial, urbana y burocratizada,.

La convivencia de los inmigrantes con las gentes urbanas, los problemas que los inmigrantes tenían para comprender y manejar las las instituciones nuevas entre las que llegaron a vivir, la formación de un cinturón de pobreza alrededor de las ciudades, la aparición de un sector informal, etc. implicaron la convivencia en las ciudades de antropólogos y sociólogos. Estos últimos no contaban con el conocimiento de las formas de vida rural o tribal que eran imprescindibles para comprender las acciones y motivos de los inmigrantes. La antropología urbana también fue en gran parte antropología aplicada.

Los trabajos más importantes en este terreno son sin duda los que Oscar Lewis realizó en México, Puerto Rico y New York, y, por último, en Cuba. Luego de estudiar en detalle el poblado azteca del que hablamos al principio, Lewis siguió en contacto con gente que se había ido a establecer en Ciudad de México y que vivía en una vecindad. Allí conoció a más familias y comenzó estudiando con intención de entregar una imagen del destino de los campesinos en la ciudad a varias familias de diferentes status sociales, y diferentes ingresos. Su teoría general era que en la ciudad se producía un fenómeno típico con las familias de origen rural, creaban la cultura de la pobreza. Esta cultura de la pobreza era descrita como los patrones de comportamiento

transmitidos de generación en generación por familias en un estado de miseria, los rasgos principales eran: la solidaridad familiar, familias centradas en la madre, uniones libres, temprana iniciación sexual, uso de hierbas en lugar de medicinas, curanderos en lugar de médicos, uso de vasijas de barro en lugar de aluminio, autoritarismo masculino y machismo, desconfianza en las instituciones estatales, bajo nivel de solidaridad comunitaria, apatía política, carencia de conciencia de clase, etc.

Esta teoría dió lugar a muchas discusiones, la crítica más corriente era la que dudaba que el proceso de perpetuación del comportamiento de los pobres en la ciudad fuera del todo cultural y apelaban más bien al hecho de que el campo de elección de los pobres era simplemente limitado por sus oportunidades económicas. Sin embargo, Lewis había ya descartado esa crítica haciendo un estudio de una familia de clase media, que conservaba muchos valores "de la pobreza", a pesar de que su economía les permitía otro estilo de vida.

La otra crítica corriente es que Lewis ponía como contrapartida de su cultura de la pobreza, la cultura de "la riqueza" norteamericana en este caso Lewis respondió que esa contrapartida era histórica. La cultura de la pobreza podía ser superada tanto en el proceso de desarrollo de las sociedades capitalistas dominantes, como en el proceso revolucionario socialista en las sociedades dependientes, la cultura de la pobreza era endémica a las sociedades dependientes del capitalismo, y a las etapas de acumulación primitiva europea. Una crítica que Lewis en cambio no superó, ni tuvo tampoco oportunidad de responder, es la que tiene relación con el contenido etnológico de lo que llamó cultura de la pobreza.

En esto Lewis comparte la misma incomprensión de las sociedades no-occidentales que Eric Wolf; ambos entregan (independientemente del contexto) los mismos parámetros de pobreza; las uniones "libres", (tradicionales), la centralidad en la madre, la medicina nativa, los chamanes, la greda, etc. pueden ser vistos como afuncionales en el contexto urbano, lo que no debería impedir

al antropólogo pensarlos como partes de un sistema cultural y social en erosión en todo el continente.

El trabajo de Lewis, sin embargo, es más valioso y extenso que el debate en torno a la cultura de la pobreza. En el contexto urbano, la antropología, en contraste con otras disciplinas, como consecuencia de sus métodos, estableció contacto directo con los grupos más postergados, y al describir su forma de vida, produjo documentos irreemplazables. Sirvió, por lo menos en el caso de Oscar Lewis, para dar voz y tribuna a la gente que no la había tenido hasta entonces. Si bien la antropología urbana no es garantía de una determinada posición política, entrega documentos más personales de la vida de la gente en el contexto urbano, ya que su unidad de análisis sigue siendo la familia.

La atención por la vida de la gente en las ciudades desde el punto de vista antropológico pronto involucró al antropólogo mismo en el estudio de las instituciones de su propia sociedad o de sociedades muy cercanas a la suya y concluyó inevitablemente en el estudio antropológico de la institución de la que ellos hacen parte, la academia y la disciplina misma (sus objetivos, sus métodos, y sus consecuencias). Aunque esta tendencia dista mucho de ser general y aceptada por todos los antropólogos, es importante de mencionarla. En el caso de América del Sur y Central, en muchos casos el antiguo indigenismo se ha mezclado y enriquecido con reflexiones críticas sobre la sociedad y la cultura colonial, y sobre el rol de la antropología.

La antropología como terreno de reflexión acerca de las potencialidades humanas y sus limitaciones no está ligada a un lugar especial, pero es un hecho indiscutible que esta antropología se ha alimentado de materiales etnológicos a lo largo de siglos. Las sociedades de la selva amazónica, para nombrar sólo un ejemplo actual, han ayudado con su mera existencia (y su hospitalidad para con los extranjeros en pie de paz), a plantear cuestiones que nos preocupan de manera fundamental, por ejemplo, los límites

del humanismo actual, la antigua preocupación acerca del origen de la desigualdad entre los hombres, el origen y naturaleza del poder, y además problemas como el de la naturaleza de las ciencias y los sistemas de conocimiento en general, que nos reenvían necesariamente a la pregunta de qué es el hombre, cuáles son nuestras posibilidades, cuáles son nuestras limitaciones.

Rotterdam, agosto de 1981.